

ABEL FERNÁNDEZ-LARREA
El fin de la inocencia

bokeh ✱

© Abel Fernández-Larrea, 2015

© Fotografía de cubierta: W Pérez Cino, 2015

© Bokeh, 2015

ISBN: 978-94-91515-25-5

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

I.

EL SANATORIO

El taxi abandonó la carretera y se internó por un camino mal asfaltado, fangoso y bordeado de pinos mustios. En el asiento trasero, Yasha se revolvió inquieto, como si cada kilómetro recorrido significase avanzar por el tubo digestivo de una gran bestia anónima. La madre había insistido en sentarse delante, junto al taxista, quizá para no tener que compartir espacio con el chico. Yasha interpretó ese gesto como otro abandono, uno de tantos.

Al final del camino comenzaba a verse ahora el «edificio», tras una verja alta de hierro, desvencijada. El «edificio» tenía aspecto de haber sido, en sus tiempos, la floreciente quinta de descanso de algún noble moscovita. Sus tres plantas, que ahora podían apreciarse con más claridad, denotaban un lujo antiguo, ha mucho olvidado. Tras la verja se abría espacio un pequeño jardín con una fuente, y más allá una escalera de mármol, antesala del portón cerrado a cal y canto. La fachada, de un verde añejo, lucía manchones de humedad y pintura descorchada. No era, a ojos vista, la fachada de un importante instituto, sino más bien la de una casa abandonada, a la que el tiempo se ha dedicado a vejar, como el rostro insalubre de un mendigo.

El automóvil se detuvo junto a la verja, Yasha se hizo un ovillo en el asiento trasero mientras la madre descendía del taxi.

—¡Vamos! ¡Fuera!

La voz de la madre sonaba distante.

—¡Vamos, Yasha! —volvió a gritar la madre. En su voz se podía entreoír un deje nervioso—. ¡No tengo todo el tiempo del mundo!

Abrió la portezuela y el chico se arrinconó aún más en el asiento.

—¿Quiere que le eche una mano? —preguntó el taxista—. Tengo experiencia en este tipo de cosas.

«Y quién se lo habrá preguntado», pensó Yasha. El taxista no esperó respuesta; descendió del automóvil, pero al llegar a la parte de atrás se quedó aguardando una señal de la madre. Esta, por su parte, miraba inquieta ora a Yasha, ora al taxista, ora a la verja de hierro torcida como una mueca.

—Yasha, por favor... ya tienes quince años ¿Acaso quieres que este ciudadano intervenga?

El chico le lanzó una mirada de odio al «ciudadano». Bajó la cabeza y se movió muy lentamente —casi se arrastró—, hasta la puerta. El taxista se quedó inmóvil unos segundos; al ver a Yasha salir mansamente, volvió a su asiento. La madre se acercó a la ventanilla, miró el taxímetro y sacó un billete de la cartera. Dudó un instante y sacó otro billete.

—Un poco más, por las molestias.



La fachada del «edificio», ahora de cerca, mostraba aún más signos de abandono. Algunas ventanas habían perdido los cristales y estaban cubiertas por tapias de madera. Una cañería de desagüe se había desprendido a medias y ahora servía de pedestal al nido de una corneja. Pero lo más sobrecogedor, lo casi insoportable, era el silencio que reinaba en derredor, apenas interrumpido por el graznar de las cornejas. Yasha echó una ojeada al jardín. Ni un alma. Tal pareciera que el sitio estaba en verdad deshabitado.

Al llegar al portón, pintado de un blanco ajado, la madre pulsó el timbre. Tras unos minutos se abrió la puerta y apareció una mujer

de unos treinta años, con vestido pálido, cofia de enfermera y unos anteojos de cristales montados al aire que la hacían lucir mayor. Su expresión mediaba entre la curiosidad y el fastidio.

–Venimos a ver a la doctora Nikolaeva –se adelantó la madre de Yasha–. Nos esperaba más temprano, pero el taxista ha confundido el camino.

La enfermera echó un vistazo a Yasha sin cambiar la expresión.

–Sígueme –dijo tras unos segundos–. La doctora está en su despacho.

Tras el recibidor se encontraba una sala de espera, amueblada con sillones modernos. De las paredes colgaban cuadros de gusto mediocre, al parecer seleccionados para hacer juego con las cortinas. Un amplio pasillo, que olía a rancio y a alcohol de esterilizar, conducía al despacho de la doctora Nikolaeva, directora de la «Clínica de Internamiento de Menores con Padecimientos Psiquiátricos», más conocida como el Sanatorio. Frente al despacho estaba la enfermería. A través del cristal de la puerta, Yasha pudo ver al primer «inquilino»: un chico de su edad a quien una enfermera se disponía a vacunar. El chico le devolvió a Yasha la mirada; su rostro expresaba cierta melancolía, interrumpida por un gesto de dolor al contacto con la aguja.

La enfermera que conducía a Yasha y a su madre abrió la puerta del despacho. Dentro, una mujer sentada tras un buró revisaba unos papeles. La doctora Nikolaeva rondaba los cincuenta. Llevaba el pelo entrecano peinado en ondas alrededor del rostro. Su nariz, algo afilada, sujetaba unos anteojos pasados de moda. Al ver a la madre de Yasha, esbozó una sonrisa cortés y dejó caer sobre el buró los papeles que sostenía en las manos.

–¡Muy bien! –dijo con voz juvenil–. Así que este es el pequeño Yakov Románovich...

A Yasha no le hizo gracia lo de «pequeño». Frunció el entrecejo y apartó la vista hacia la puerta, como retrocediendo con la mirada.

—Pues justamente aquí tengo su expediente... Padre fallecido... Madre en segundas nupcias... Relación un poco tensa con el padrastro—La doctora Nikolaeva hizo una pausa larga y continuó leyendo al azar—. Buen rendimiento académico, sin embargo, aunque ha mermado en el último año...

Al chico le incomodaba que se hablase de su vida como si fuera un programa de televisión, así, con tal desenfado. Sin embargo, trató de disimular su desagrado, aunque en el momento en que la doctora pronunció la palabra «padrastro» no pudo evitar dar un leve respingo.

—Bueno, ya hemos hablado suficiente de su «caso» —al decir esto, la doctora miró con aire de condescendencia a la madre de Yasha—. Supongo que a Yakov Románovich le gustaría conocer nuestra institución...

El chico se encogió de hombros. La Nikolaeva pulsó un botón del intercomunicador y al punto apareció otra vez la enfermera de los anteojos montados al aire.

—Por favor, Natalia Ivánovna, conduzca al joven al área de los internos.

La madre de Yasha hizo ademán de seguir a la enfermera, pero la doctora la detuvo con un gesto. El chico se quedó mirando a la madre, pero ella esquivó la mirada y fue a sentarse frente al buró. Yasha siguió a la enfermera y abandonó el despacho con la sensación de que aquella sería la última vez que vería a la madre.



Yasha Lansky siempre había sido un alumno excelente. En general era un buen chico, algo taciturno y poco sociable, pero ante todo servicial y respetuoso; sin embargo, sus cualidades más sobresalientes se manifestaban en el ámbito escolar. Tenía habilidades prodigiosas para el cálculo y el análisis, y las lenguas se le daban

con mucha facilidad. No obstante, la escuela le resultaba, digamos, incómoda. No le gustaba alejarse de casa, estar no sé cuántas horas en un sitio ajeno, rodeado de gente. En cualquier caso, prefería a los adultos antes que los de su edad. Sus coetáneos le resultaban, según sus palabras, lerdos y envidiosos, y lo atormentaban todo el tiempo con bromas y críticas mezquinas.

Cuando era muy pequeño, Yasha solía ir con frecuencia al instituto donde trabajaba la madre. Allí podía pasar horas absorto entre reglas de cálculo y montones de tarjetas perforadas, de las que se utilizaban para introducir datos en unas enormes computadoras. Yasha se sentaba en un buró, agarraba una de las tarjetas en desuso y se ponía a dibujar edificios, cuyas ventanas resultaban ser las perforaciones. «Este chico va a ser arquitecto», decían al verlo los compañeros de trabajo de la madre. Nadie lo molestaba y, en general, todos lo trataban con afabilidad y deferencia.

El colegio, en cambio, le resultaba un infierno. Las horas de clase eran tediosas, pues por lo general dominaba las materias mucho mejor que sus compañeros. Yasha había aprendido a leer, a escribir y a hacer cálculos aritméticos antes de la edad escolar, pues su madre se había dedicado a enseñarle. Por este motivo, cuando en primer grado los otros practicaban palotes, él mataba el tiempo leyendo los textos finales del libro de lecturas. A la madre la gente le decía que debía poner a Yasha en un curso superior, incluso los maestros le insistieron varias veces en ello. Pero ella se negaba diciendo que Yasha debía estar con los de su edad, pues de lo contrario se le podía crear un trauma. El caso es que, a pesar de las buenas intenciones de la madre, el chico sentía que perdía el tiempo en el colegio y no soportaba a sus compañeros de curso, quienes, por otra parte, no le ocultaban su envidia mezquina.

Además estaba la apariencia física de Yasha. Moreno y de pelo encrespado, era fácil reconocer en él los rasgos de su ascendencia hebrea, cosa que al principio no parecía importar; pero a medida

que fue avanzando en edad y en grados escolares fue descubriendo entre sus contemporáneos manifestaciones de burla y rechazo. Como si no fuese suficiente, desde pequeño lo habían obligado a llevar gafas, para corregir un defecto de la vista. Poco atlético, con gafas y aspecto de hebreo, y demostrando, aunque involuntariamente, una superioridad intelectual, Yasha era el blanco perfecto del odio de sus congéneres.



La enfermera lo guió por el pasillo hasta las escaleras que conducían al piso superior. A cada tanto miraba atrás, pero su mirada era fugaz y sin expresión alguna. Yasha, por su parte, la seguía obediente, casi sin detenerse a mirar el entorno, el cual, por así decirlo, tampoco llamaba mucho la atención. La escalera, de mármol como la de la entrada, serpenteaba hacia arriba creando un descanso a medio camino. Yasha recorrió un tramo del pasamanos con la punta del dedo índice. Una casi imperceptible capa de polvo apareció en la yema del dedo, lo que contrastaba con el olor a alcohol y a desinfectante que inundaba el aire. El chico pensó en lo que diría su madre de tal mugre, y se imaginó a los montones de chiquillos que a diario bajarían en tropel por esas escaleras.

En el primer piso, un pasillo idéntico al de la planta baja fungía de línea divisoria entre dos grupos de habitaciones. Estas tenían cada una un rótulo sobre la puerta, en el cual había inscritos un número y una letra. Así, por lo que podía ver Yasha, a su izquierda quedaban las habitaciones uno A, uno B, uno C y así sucesivamente, y a la derecha otras tantas. Al final del pasillo, un poco separada de las otras, una puerta lucía el rótulo que identificaba al baño.

—Este es el piso de las chicas —dijo la enfermera sin detenerse.

Yasha se retrasó un poco, intentando husmear sin alejarse demasiado, pero sintió los ojos de Natalia Ivánovna sobre sí. Nada en el pasillo indicaba que aquel fuese el piso de las chicas. El silencio envolvía todo, como en un cementerio, y Yasha comenzó a pensar que en el edificio no había casi nadie.

–Natalia Ivánovna –dijo sin poder contenerse–, dígame, por favor, ¿hay mucha gente en este... en esta clínica?

Quiso decir «manicomio», pero la palabra le resultó demasiado dura. Natalia Ivánovna continuó ascendiendo por la escalera, sin mirar atrás.

–Es la hora de la siesta.

El segundo piso era muy parecido al primero, sólo que un poco más descuidado. Los rótulos de las puertas comenzaban por el número dos, y las letras seguían el mismo orden que en el de abajo. Natalia Ivánovna condujo a Yasha hasta la puerta dos E, sacó un manajo de llaves y abrió la cerradura. Dentro había dos camas; una de ellas estaba ocupada por un chico acostado bocarriba, cubierto hasta el pecho por una manta: el mismo «inquilino» que había visto antes en la enfermería. Al entrar Yasha, el chico entreabrió los ojos, casi imperceptiblemente, y Yasha se dio cuenta de que sólo simulaba estar dormido.

–Este es tu compañero de cuarto –dijo la enfermera en un susurro, mientras le lanzaba al «simulador» una mirada acusadora. El chico se dio vuelta hacia la pared y comenzó a roncar estruendosamente–. Su nombre es Pável Andréévich Ransóiov. Luego de la siesta podrás presentarte tú mismo.

Yasha pensó que no hacía falta esperar. De todos modos tampoco le interesaba hacer amigos.

Natalia Ivánovna abrió una puerta que daba al armario.

–Aquí debes guardar tus pertenencias, cuando las suba el enfermero. Ahora debes descansar. Dentro de una hora será el recreo.

Yasha no quería descansar, quería largarse de este sitio como alma que lleva el diablo. Miró a su alrededor, la ventana parecía clausurada. Al menos —pensó—, le había tocado una habitación sin tapia. El chico de la cama contigua había cesado los ronquidos falsos y ahora emitía un leve soplido. Yasha se sentó en el borde de la cama vacía. Ante la mirada aprensiva de la enfermera, se quitó las sandalias y se acomodó sobre el colchón, sin quitar la sábana. La cama olía a ropa limpia de lavandería.

Natalia Ivánovna se dirigió a la puerta. Al cerrar, Yasha tuvo la impresión de que le sonreía.



Yasha miraba el cielo raso de la habitación, intentando buscar formas entre las manchas de humedad. No quería pensar en nada, pero le era imposible. Una y otra vez le acudían a la mente los recuerdos del día, de los días anteriores, de semanas y meses pasados. Sobre todo lo atormentaba la pasividad con la que se había dejado traer a este sitio. Podía haber llorado, haber suplicado, haber jurado que sería bueno y que jamás volvería a comportarse de modo incorrecto. O también podía haberse rebelado, haber luchado con uñas y dientes contra todo aquél que quisiera arrancarlo de su cuarto. Quizá podía también haberse fugado, de noche, mientras todos dormían. Podría haberse ido a casa de su tío Grígori Lazarevich, quien de seguro lo hubiera recibido con los brazos abiertos, o podría haberse ido más lejos, a alguna isla desierta del Moskvá, como un nuevo Tom Sawyer. Pero la realidad era que se había abandonado, cobarde y mansamente, a la suerte que lo había traído hasta el Sanatorio.

En una hora era el recreo. Probablemente, si lo sacaban al patio, podría aprovechar el descuido de las enfermeras y cruzar la verja; internarse en el seto de pinos raquíticos y correr libre hacia ninguna

parte, lejos. Solo faltaba una hora. Yasha no tenía reloj, pero le parecía que había pasado una eternidad desde que Natalia Ivánovna abandonara la habitación. Sin embargo, no había señales de tal «recreo». El de al lado seguía durmiendo como si tal cosa, y afuera no se escuchaba movimiento alguno.

Yasha decidió comenzar a contar, para matar el tiempo. Contaría hasta mil, hasta un millón, hasta lo que hiciera falta. Según su cuenta ya debería de haber pasado la hora. En cualquier caso, podría contar los segundos... ¿Cuántos segundos hay en una hora? Yasha sacó la cuenta: tres mil seiscientos. Ni siquiera haría falta llegar al millón. De hecho, según su cuenta, ni siquiera haría falta llegar a mil. Pero afuera continuaba sin escucharse el menor movimiento.

Uno, dos... diez... veinte... cincuenta... cien... De repente se escucharon unos pasos avanzando por el pasillo. Yasha levantó la cabeza. Alguien se detenía junto a la puerta, sacaba el manajo de llaves, hacía girar el picaporte... A Yasha comenzó a latirle el corazón, cada vez más rápido. Recostó la cabeza sobre la almohada y cerró los ojos, pero luego los entreabrió para ver quién entraba. Tras la puerta apareció un hombretón vestido de blanco, cargando una valija. Era la maleta de Yasha, de cuero ajado y con la cerradura rota. El hombretón, cuyos hombros apenas si cabían por la puerta, y a cuya cabeza le faltaba sólo un palmo para alcanzar el techo, dejó la valija a los pies de la cama. Ya volvía sobre sus pasos cuando Yasha se incorporó sobre la cama y lo interpeló.

—¿Ya es hora del recreo?

El hombretón se dio la vuelta y miró a Yasha con expresión de asombro. Dudó un instante y luego emitió un suspiro.

—¿No duermes, acaso? Vuelve a la cama. Todavía te queda un buen rato.

Yasha volvió a acostarse y vigiló al hombretón mientras este se marchaba. De seguro mentía. Siempre era igual. Los mayores siempre mentían. ¿Para qué armar tanto escándalo, cada vez que

sorprendían a Yasha en una mentira, si ellos eran los primeros en proferirlas a diestra y siniestra? Yasha se quedó oteando la puerta por unos instantes. Luego miró la valija. Podría entretenerse sacando las cosas y disponiéndolas en el armario. Al final decidió que no tenía sentido sacar sus pertenencias de la maleta, si planeaba escaparse durante el recreo. ¿Qué hacer, entonces? No tenía ganas de volver a contar. Se revolvió sobre la cama y se tapó la cabeza con la almohada. Al diablo con ellos. Que fueran a buscarlo para salir al recreo cuando quisieran. Fuese más tarde o más temprano, en nada cambiaría su plan. Yasha se quedó inmóvil, como en trance, con la almohada sobre la cabeza y la respiración cada vez más pesada. Al rato, se durmió.



A pesar de todo, mientras estaba en clases el chico se sentía protegido. Peor eran el recreo y la educación física. Los otros siempre buscaban la oportunidad de ponerle a Yasha una zancadilla o atormentarlo gritándole algún mote. Y más penoso aún era el horario de la tarde, cuando no había lecciones y los chicos debían permanecer en el aula, haciendo deberes bajo la supervisión de una «cuidadora». En las tardes grises, Yasha miraba todo el rato a la puerta, esperando que, por un milagro, vinieran a buscarlo antes de tiempo.

Y un día el milagro apareció, o más bien el chico se las agenció para encontrarlo. La madre le había dado en la mañana una nota firmada para que le permitieran salir más temprano, pues debía llevarlo a la consulta del oftalmólogo. Ese día se le iluminó el camino a Yasha, pues descubrió el subterfugio que lo aliviaría de las tardes en el colegio.

Durante una semana, estuvo cada tarde mostrando a la «cuidadora» la misma nota de la madre. Ni siquiera se tomó el tra-

bajo de cambiar la fecha, pues descubrió que nadie se fijaba en el contenido del papel. Ni siquiera se volteaba para mirar el aula por última vez. Aliviado; salía como un bólido por la puerta y no paraba hasta franquear el portón de salida. Una vez en la calle, como no podía ir a casa tan temprano, se dedicaba a vagabundear. Podía pasear por el malecón, junto al río, o sentarse a contemplar las barcas que, atracadas, no dejaban de ondear por fuerza de las olas. Sin embargo, esos paseos a campo abierto podían resultar peligrosos, pues podía ser visto por algún vecino. Yasha comprendió esto pronto, y a partir de entonces se dirigía a su lugar predilecto: el parque zoológico.

El parque era un sitio maravilloso, poblado de árboles y bancos para sentarse a descansar y fieras de todo tipo encerradas en sus jaulas. A Yasha se le ocurría que a lo mejor sus compañeros de clase estarían mejor allí. ¡Qué bien se vería Petia Ustínov en la jaula de los primates! A Yasha este Petia le resultaba particularmente antipático, pues siempre estaba burlándose de él por las gafas, solía arrebatarse la merienda y le pegaba goma de mascar en el pupitre. Yasha tenía todos los pantalones llenos de marcas de goma de mascar en las sentaderas, y la madre siempre le reñía por ello. Como si fuese su culpa.

En fin, el chico la pasaba en el parque zoológico mejor que en casa y, sin duda alguna, mejor que en el colegio. Se sentaba en algún banco y se ponía a leer, o a veces también a dibujar. Lo dibujaba todo: las ardillas, las fieras, los árboles, la gente que pasaba, el vendedor de globos... Y, lo mejor, a nadie parecía importarle su presencia. A veces lo importunaba algún miliciano: le preguntaba si estaba perdido y si quería que lo condujese a algún sitio. Pero Yasha lograba convencerlo, utilizando diferentes tretas, de que todo estaba en orden, que esperaba a sus padres que habían ido a por un bocadillo o que se había adelantado al grupo de su clase. Sonaba tan convencido que al final lo dejaban en paz.

Pero la felicidad no le duró mucho tiempo. El viernes, cuando salía del parque rumbo a casa, se cruzó con la madre, quien iba acompañada del subdirector del instituto, Mijaíl Ilich Grosman. No se sabía si la madre estaba más perturbada por sorprender a Yasha fuera del colegio o porque el chico la hubiera sorprendido del brazo de Mijaíl Ilich. Tratando de disimular los nervios, comenzó a proferirle al chico todo tipo de improperios y terminó por agarrarlo del cuello y conducirlo casi a rastras hasta el tranvía, dejando plantado en el acto al propio Mijaíl Ilich.

De más está decir que la riña y el castigo duraron aun otra semana. Y en el colegio, ¡vaya la que se armó! Que si al despacho del director, que si consejo disciplinario... A la cuidadora que lo había dejado salir cada tarde casi la expulsan, pero Yasha, a regañadientes, pronunció un acto de constricción mediante el cual acarreaba toda culpa y exoneraba a la cuidadora de responsabilidad. Esta, de todas maneras, no se libró de una amonestación, y a partir de entonces se encargó de hacerle la vida más difícil al chico. La cosa tampoco fue demasiado lejos para Yasha, gracias a sus resultados académicos y a su buena disciplina. Pero desde ese momento todo el profesorado comenzó a mirarlo con recelo. Los condiscípulos de Yasha, por otra parte, no ocultaron su satisfacción porque este hubiera caído en desgracia. Sin embargo, algunos de sus más acérrimos enemigos comenzaron a verlo con otros ojos, disminuyeron las ofensas y en general le dieron menos la lata.

En casa ocurrió otro tanto. La madre estuvo hecha una fiera durante una semana, pero luego fue calmándose los humos y a los pocos días incluso comenzó a tratar al chico con una deferencia impropia. Casi lo malcriaba, y Yasha sospechó que la madre buscaba algo con todo esto. De seguro algo relacionado con Mijaíl Ilich y la escena que había presenciado a la salida del parque zoológico.

Mijaíl Ilich le resultaba a Yasha de algún modo simpático. Era un hombre de mediana estatura, de rizos color cobre y nariz pro-

minente. Como Yasha, también llevaba gafas y, hasta donde sabía, por haberlo visto en el trabajo de la madre, era atento y rezumaba buen humor. Así que el chico no tuvo nada que objetar cuando la madre decidió llevar un día a su subdirector a cenar a casa. Ese día se horneó salmón, se preparó un puré de papas con mantequilla y se bebió un licor de cereza del que incluso Yasha pudo probar un sorbo. Al final de la velada, todos estaban felices. Mijaíl Ilich había llevado, de regalo para el chico, un tablero de ajedrez portátil, y luego de la cena se pusieron a jugar una partida. Yasha derrotó a su oponente y Mijaíl Ilich se excusó diciendo que había bebido demasiado.

Así fue como, poco a poco, los que hasta el momento habían sido sólo dos en un pequeño apartamento comenzaron a ser tres. Juntos salían al cine o a comer a algún restaurant. Incluso, ese verano fueron a un balneario en el Cáucaso. Todo marchaba a pedir de boca. Para Yasha, hasta la escuela dejó de ser un sitio aborrecible. Eso sí, nunca llegó a disfrutar del colegio, pero al menos el ambiente allí se había pacificado, y siempre había un motivo feliz para esperar el timbre de salida.



—¡Oye! —la voz desconocida le gritaba al oído—. ¡Despierta!

Yasha abrió los ojos. Ante sí tenía al «simulador», el de la cama contigua.

—¿Ya es hora del recreo? —la voz de Yasha pareció salir de lo más recóndito y atravesar varias capas de neblina gruesa. El otro lo miró con sorna.

—¿Recreo? ¡Qué recreo ni que ocho cuartos! Has estado durmiendo como un bendito.

—¿Y entonces? —preguntó Yasha sin entender.

El «simulador» se sentó en el borde de la cama, apoyando las manos sobre la sábana. Su piel llena de pecas contrastaba con el

blanco del entorno, como la salpicadura de sangre sobre una pared de cal.

–Te has perdido el recreo –miró a Yasha con lástima–. Intenté despertarte, pero la enfermera Natalia Ivánovna... ¿la conoces?

–La conozco.

–Pues dijo que te dejara dormir, que debías de estar muy cansado.

A Yasha el cerebro le funcionaba aún a media máquina. Le tomó un tiempo comprender que su plan se había ido al garete. Es cierto que no era un plan brillante, pero en la sencillez estaba la clave del éxito. Sin embargo, había fallado, aunque no había sido totalmente su culpa: Natalia Ivánovna había impedido que lo despertaran.

¿Y si –pensó Yasha–, ella se hubiera enterado de su plan? Quizá había hablado dormido en el momento en el que entraba la enfermera; o antes, y el «simulador» había ido con el chivatazo. Yasha miró al otro con desconfianza.

–¿Y qué se hace ahora? –preguntó.

–Es casi la hora de la cena –El tono de voz del «simulador» era ahora de angustia. No obstante, hizo un esfuerzo por sonreír–. Pronto vendrá la enfermera a llevarnos al comedor. ¡Y luego nos proyectarán una película!

Yasha no estaba para películas. Recordó las sesiones de material «educativo» en el colegio: las charlas aburridas de los maestros, los bostezos y los chistes de mal gusto de sus compañeros. Miró a la puerta, a la espera de que en cualquier momento se asomara la figura de Natalia Ivánovna. Se acercó al borde de la cama y comenzó a abrocharse las sandalias. El «simulador» se puso de pie y adoptó cierto aire solemne.

–A propósito, mi nombre es Pável Ransójev. Todos me llaman Pasha.

–Mi nombre es Yakov Lansky –comenzó a decir, pero el «simulador» lo interrumpió.

–Yasha... Ya lo sé. Natalia Ivánovna me ha hablado de ti.



El comedor estaba en la planta baja, al fondo del pasillo. Tras unas puertas corredizas, se accedía a lo que en su tiempo debía de haber sido el salón de fiestas de la quinta, ahora repleto de mesas, cada una para cuatro comensales. Las mesas estaban dispuestas en filas y entre todas formaban cuadrículas perfectamente alineadas, como las de un cuaderno de matemáticas. De las paredes colgaban carteles educativos que sentenciaban que una dieta sana equivale a una buena salud mental.

El salón olía a sopa de col y a papas hervidas. Yasha lo recorrió con la mirada: todo repleto de chicos más o menos de su misma edad. Le resultaba increíble que un comedor lleno de adolescentes conservara tal quietud. Agarró una bandeja y se puso en la fila de la cantina. Cuando llegó su turno, una cocinera rechoncha con un gorro de plástico transparente le sirvió un plato de sopa, otro con las papas y un vaso de leche. El chico buscó una mesa libre entre la multitud, pero no halló ninguna. Entonces el «simulador» le haló de la manga.

–Ven. Por aquí.

Pável Ransójoy, el «simulador», lo guió hasta una mesa del fondo. Chicos y chicas los miraban de reojo, sin apartar la vista de sus platos de sopa. Todos, con la cabeza gacha, engullían con parsimonia rayana en desgano. Yasha tampoco los miró. Se limitó a seguir al «simulador», pero una especie de aprensión lo mantenía tenso, incómodo. Era como el primer día de colegio. Yasha se sentó a la mesa sin hacer caso de la sopa de col.

–Aquí no puedes fiarte de nadie –dijo el «simulador» al notar la incomodidad de Yasha–. Si te das la vuelta, ¡zas! Te clavan un puñal por la espalda.

Yasha pensó en qué sucedería si le daba la espalda al «simulador». De repente le preocupó la idea de compartir el dormitorio con él. No podía fiarse de él tampoco. No debía fiarse de nadie. De todos modos ya tenía su objetivo definido, lo que le faltaba era el plan adecuado. Esperaría al día siguiente, para conocer mejor el sitio y encontrar sus puntos débiles. Le resultaba sospechosa la aparente falta de seguridad de la clínica. Junto a la verja de la entrada había una garita, pero estaba vacía. La misma verja no parecía demasiado difícil de franquear. Eso sí, quizá habría algún que otro enfermero vigilante, pero en cualquier caso no bastarían para estar pendientes de tantos internos. ¿Podría ser que a nadie se le hubiera ocurrido fugarse de aquí? Yasha miró la multitud que poblaba la sala. Parecía un rebaño en un pastizal. Sin embargo, era improbable que nadie antes que él lo hubiese intentado. El chico recordó la imagen del «simulador» en la enfermería. ¿Les inyectaban a los internos sustancias que inhibían las ganas de escapar? Definitivamente no se podía confiar en nadie. Hasta la misma agua podría contener algún tipo de narcótico. Yasha miró el plato de sopa.

—¿Qué te pasa? —preguntó el «simulador»—. ¿No tienes hambre?

—No quiero cenar.

Pável Ransójev abrió desmesuradamente los ojos.

—Debes comerla... si no...

—¿Si no...? —preguntó Yasha desafiante. El otro entornó los ojos tímidamente hacia su derecha. Al fondo del comedor, junto a las ventanas, había apostados cuatro enfermeros. El más cercano parecía haber estado mirándolos hacía un rato.

El chico no era capaz de imaginar qué pasaría si no engullía la sopa. Recordaba que, tanto en el colegio como en el jardín de la infancia, se castigaba a los que se negaban a ingerir alimento, pero el castigo solía consistir en quedarse sin recreo o repetir infinitas veces las tablas de multiplicar. Eran castigos tediosos, no cabía duda, pero de ningún modo terribles. Sin embargo, algo en este sitio le daba

escalofríos, y la mirada del enfermero contribuía grandemente a ello. Yasha optó por, al menos, simular que comía.

—¿Acaso tiene espinas? —la gruesa voz del enfermero tronó en su oído.

Yasha volteó la cabeza. Ante sí se hallaba la figura imponente del hombretón que había llevado su valija.

—Debes comer toda la sopa. Tiene vitaminas que te harán crecer saludable.

El chico se preguntó cuánta sopa de col habría tomado el enfermero durante su crecimiento. Se llevó una cucharada a la boca. La sopa era insípida, pero se podía tragar. Sorbió otra cucharada. Poco a poco el paladar se fue acostumbrando al sabor. Cuando ya había vaciado medio plato, el enfermero, complacido, regresó a su sitio junto a la ventana.

—¿Qué quisiste decir antes? —le preguntó al «simulador» una vez fuera del salón.

Pasha miró alrededor antes de contestar. Esperó a que pasaran dos chicas que se dirigieron a la sala de proyecciones.

—Aquí no ven con buenos ojos la indisciplina —dijo—, y rechazar la comida va en contra del reglamento. A Danko Shegal, del dos B, lo llevaron a la «perrera de Pávlov» por verter sus alimentos en el suelo.

Yasha se quedó pensativo. Quiso preguntar qué era la «perrera de Pávlov», pero el otro se adelantó.

—Ese que se nos acercó era Igor Matvéevich. No todos los enfermeros son como él.

Las palabras de Pasha, el «simulador», creaban más interrogantes que respuestas.

De repente un tropel de chicos, guiados por los enfermeros, emergió del comedor en dirección a la sala de proyecciones. Yasha y el «simulador» no tuvieron otro remedio que unirse a la avalancha. Yasha miró de reojo a Igor Matvéevich, a quien había decidido

apodar «Hércules». El enfermero conducía al rebaño con actitud paternal y su deferencia se notaba en la conducta de los chicos que tenía alrededor.

Más tarde en la noche, cuando ya habían apagado las luces de las habitaciones y todos los internos debían de estar acostados en sus camas, Yasha intentaba conciliar el sueño. Pensaba en los sucesos del día, en la miríada de sentimientos contradictorios que había experimentado. Lo único que le proporcionaba cierta tranquilidad era su plan de fuga. Pensó en su casa y en lo lejana que parecía ahora. Apenas un día en este sitio se le antojaba una eternidad. Pero su casa había dejado de ser un hogar hacía mucho.

—Pasha —dijo con la esperanza de que el otro aún no se hubiera dormido—, ¿cuánto tiempo llevas aquí?

Su vecino apenas emitió un par de sonidos ininteligibles y cambió ruidosamente de posición. Yasha lanzó un suspiro. El silencio, como un manto apenas quebrado por instantes, volvió a cubrirlo todo en derredor. El chico se volteó a la derecha, acomodó la mano debajo de la almohada y cerró los ojos.